

COMEDIA FAMOSA.

DE UNA CAUSA DOS EFECTOS.

DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

<i>Federico, Duque de Mantua.</i>	<i>Filiberto, Duque de Milan, viejo.</i>	<i>Nise, dama.</i>
<i>Fadrique, su hijo.</i>	<i>Diana, Infanta de Milan.</i>	<i>Clori, dama.</i>
<i>Carlos, su hijo.</i>	<i>Estela, dama.</i>	<i>Enrique, criado de Fadrique.</i>
<i>Arnia, truhan.</i>	<i>Flora, dama.</i>	<i>Marcelo, criado de Fadrique.</i>
		<i>Fabio, criado del Duque.</i>

JORNADA PRIMERA.

Entra el Duque Federico y Fabio, y el Duque trae una carta; y por la otra parte sale Enrique.

QUE hace Carlos?
 Todo el dia encerrado con Platon, y Aristoteles (que son luz de la filosofia) se ha estado, sin permitir que entra à verle, sino solo su maestro, nuevo Apolo de nuestra edad. *Fed.* Divertir no quiero el noble exercicio de sus estudios, que aunque es mi hijo, y en él fue mas curiosidad que oficio, el saber, tanto he estimado el desseo, la aficion, el gusto y la inclinacion, con que à las letras se ha dado, que no le quiero estorbar un punto, por conocer, que tiene mas que saber quien tiene mas que mandar. Dileste, Enrique, en estando desocupado, que yo vine à buscarle, y que no

quisè embarazarle, dando à sus estudios lugar; que me vea, quando esté desocupado, porque tengo cosas que tratar con él, que importan. *Enr.* Asi, gran señor, se lo diré. *Vase.*

Fed. Ahora (puesto que fue la ocasion, Fabio, que aqui me tráxo, hablar en un caso à mis hijos) pues está Carlos prevenido ya, à ver à Fadrique paso à su quarto, porque asi mi amor à los dos ignale.

Fab Marcelo del quarto sale.
Sale Marcelo.

Fed. Marcelo?

Marc. Qué mandas? *Fed.* Di, qué hace Fadrique? *Marc.* Señor, ahí le dexo entretenido con un juglar, que ha venido à Mantua, de extraño humor; haciendo burlas con él

toda la mañana ha estado.

Fed. Qué tiempo tan bien gastado!
y qué distinto de aquel,
que en estudios divertido
todo el día se ocupó!
Y qué dignamente yo,
quejoso y agradecido,
à un tiempo gusto y pesar
hoy, hallando à los dos, nuestro,
al uno con su maestro,
y al otro con su juglar!
Y puesto que à aquel dexé,
por no estorbar exercicio
tan justo, de este, que es vicio,
la ocupacion entraré
à embarazar. **Dent. Pern.** Ay de mi!

Ruido de risa dentro, y sale Pernia escu-
piendo sangre.

Dent. Fad. Tenedle.

Pern. Jurado à Dios,

no paren. **Fed.** Qué es esto? **Pern.** Vos
estais, gran señor, aqui?

Fed. Aqui estoy, y saber quiero
quien fois, y por qué os quejais.

Pern. Huelgome, porque me hagais
una justicia que espero.

Quien soy, no habré menester
decirlo, puesto que ya
la querella lo dirá,
que ante vos he de poner?

Fed. Decid. **Pern.** Aquesta mañana
en aquese quarto entré
de vuestro hijo, porque
à mi me hace el gusto llana
qualquiera entrada. **Fed.** Asi,
ya sé quien fois.

Pern. Pues, despues **Cubrese.**
de haber dos horas ò tres,
que chistoso padecí
baldones de sobrenombre,
del Principe, hinche y encaxe,
agudo alfiler de paje,
descozon de gentilhombre,
se resolvió la question

en que una muela vendiera,
aunque de extraña manera
concertóse en un doblon
de à quatro, y porque provoq
à mas risa, y à mas fiesta,
fue el barbero una ballesta,
y su gatillo un bodoque.

Una cuerda de vihuela
fuerte en el bodoque ataron,
y el otro cabo apretaron
en la condenada muela.

Con gafa el arco se armó,
y en el ayre disparado,
el tal bodoque enramado
tras sí la muela llevó
donde el ayre fue servido.

Yo, pues, para mi consuelo,
al doblon de à quatro apelo,
y en sangrienta voz le pido.

Dice el Principe, que no
(aqui entra la querella)
era (qué maldad!) aquella
la muela que él concertó.

Porque habiendo yo, señor,
dicho, que barato hacia
de ella, porque la tenia
dañada, y con gran dolor,
dice, que se ha de apurar
si era aquella, ò no era aquella
y asi, que vaya por ella,
ò no la quiere pagar:

ahora alego yo en tu sala,
que mia será la pena,
pues le he vendido la buena,
y me quedé con la mala.

El dice, que la dañada
concertó, y que no cumplí,
que no ha de pagar, ò aqui
he de padecer gatada.

Fed. Qué es gatada? **Per.** Atento escuc
dirételo en breve rato:
Atase à una foga un gato,
y cuelgase à una garrucha;
este se ha de recibir

De Don Pedro Calderon de la Barca.

aporreado en tal lugar,
que por ser particular
no te lo puedo decir:
de fuerte, que quando baxa
con su colera rabiosa,
como la parte es ventosa,
como ventosa, la saja;
tiran del gato, despues
que muy bien la presa ha hecho,
y llevase un hombre al techo:
esta la gatada es.

Mira tu con tu cordura,
si aquesta es pieza tan leve,
que será bien que la lleve
la muela de añadidura.
ed. Qué crueldad! qué tirania!
Nombre de hombre no merece
quien tal hace, y tal padece.

Vos como os llamais? *Pern.* Pernia.
ed. Justo es que yo satisfaga
vuestra queja. *Pern.* Gloria à Dios,
que hay justicia. *Fed.* Pedis vos
mas de que justicia os haga?

ern. No pido mas de que notes,
si habré merecido bien
el doblon. *Fed.* A ese hombre den
el doblon, y cien azotes.

ern. Basta el doblon. *Fed.* No hace tal;
llevadle presto. *Pern.* Por qué
tal rigor en ti se ve?

ed. Por vagamundo, y por mal
entretenido. *Pern.* Señor,
que oigas mi disculpa pido;
si soy mal entretenido,
soy buen entretenedor:
con que à tu justicia atajo
la instancia de vagamundo,
pues nadie vivió en el mundo
mas que yo de su trabajo.

ed. Llevadle. *Pern.* Pues para qué
en eso se han de ocupar?
no tienen que me llevar,
que yo, gran señor, me irá

ed. Pues idos de Mantua luego,

porque no habrá apelacion,
si os hallo en otra ocasion.

Pern. Nada en mi descargo alegó;
tus ojos no me verán
mas en Mantua desde hoy,
y de no parar, te doy
la palabra, hasta Milan,
donde mas, que Principotes,
de mi su Infanta gusto:
cobre usted el doblon, que yo
le libro por los azotes. *Fase.*

Sale Fadrique y criados.

Fad. No le tuvierais aqui,
para que con él hiciera
otra burla. *Fed.* Ténte, espera.

Fad. Señor, aqui estabas? *Fed.* Sí,
aqui estoy, viendo y sintiendo
en quan buena ocupacion
divertido estás. *Fad.* No son
culpables, segun entiendo,
en mi estas ocupaciones:
en qué me he de entretener,
fino en cosas de placer?

Fed. Dices bien, pero en acciones
mas nobles, Fadrique, está
de los Principes el gusto:
no hay divertimento justo,
que pueda ocuparte? *Fad.* Ya
querrás persuadirme à que,
como Carlos, todo el dia
estudie filosofia,
y sobre un libro me esté,
con un maestro viejo al lado,
hablando siempre de veras:
tu, señor, no consideras,
que yo no he de ser letrado?
Fuera de que no he nacido
tan necio, que haya de que
murmurarme, que bien sé
quanto à un Principe es debido.
Una cosa es estudiar,
y otra cosa es, no saber
mas de lo que es menester.

Fed. Sea asi, que si apurar

De una causa dos efectos.

quise al discurso el rigor,
fue, porque hallarte condeno,
fino, hijo, en lo mas bueno,
divertido en lo peor.

Fad. Es lo peor à un jugar
hacer una burla? *Fed.* Sí,
que es crueldad tratar asi
à un hombre, y es enseñar
à rigor el pecho. *Fad.* Si él
pone en precio su castigo,
él es cruel consigo,
que yo no lo soy con él.
La crueldad fuera tener
con tales hombres piedad:
y en fin, si aquesto es crueldad,
en qué me he de entretener?

Fed. Que hay mil exercicios, nota,
dignos, danzar, tornear:
no hay caballos? no hay jugar
armas, trucos y pelota?

Fad. Yo danzar y tornear? No
será mas grandeza, di,
que otros me hagan fiesta à mi,
que no hacer fiesta à otros yo?
Ponerme à caballo, igual
riesgo tiene; porque quien
me ve andar en él mas bien,
me dice que le he hecho mal.
En quanto à armas, q̄ hay destreza
no ignoro, que tiene maestros
insignes, mas los mas diestros
facan rota la cabeza.

Y asi, no quiero aprender
ciencia de tan grande engaño,
que se sabe todo el año,
y no quando es menester.

Pelota y trucos, servil
exercicio son, molido
me han de ver de haber corrido
tras un cuero y un marfil
todo el día? *Fed.* No te da
envidia, quan celebrado
Carlos vive? quan amado
de toda la Corte está

por aquestas gracias? *Fad.* No
tenga él su habilidad,
que en mi es mas autoridad,
no tener alguna yo.

De un parto habemos nacido
los dos, sin saber qual fue
mayor, y yo pienso que
mayor debo de haber sido,
al ver sus habilidades;
y en justa razon lo fundo,
que es muy del hijo segundo
nacer con agilidades.

Salen Enrique y Carlos.

Carl. Dixome Enrique, señor,
que en mi quarto me has buscado
y sentí no haberme dado
cuenta de tan gran favor,
para que luego viniera,
arrojandome à tus pies,
à besar tu mano, que es
el punto, centro y esfera
de mi vida, y à saber
en qué te puedo servir,
puesto que tardé en oír,
no tarde en obedecer.

Fed. En dos forzosos intentos
hablar à los dos quisiera:
salios todos allá fuera; *Van*
estadme los dos atentos.
Ya sabeis las grandes guerras,
que heredados enemigos,
el gran Duque de Milan,
Filiberto y yo tuvimos.
Ya sabeis à quantas ruinas
estos Estados rendidos,
para padecer se vieron
el ultimo parafismo.
Ya sabeis, en fin, que de uno
y otro el poder extinguido,
hizo la necesidad
treguas, que el valor no hizo,
y que él y yo retirados
dos años ha que vivimos,
ahorrando sañas, que el tiempo
gal-

De Don Pedro Calderon de la Barca.

caste despues en castigos.
En este intermedio, pues,
Filiberto ha pretendido
muchas veces mi amistad,
con cuerdo y prudente aviso.
A que yo, ni despidiendo,
ni aceptando, he respondido
neutral siempre, por tener
abiertos los dos caminos
de la paz y de la guerra,
no negandole mi arbitrio
el uso de la eleccion
que le dicten sus designios.
Pues hoy Filiberto ha hallado
un medio, con que ha podido
obligarme à hacer las paces,
sin dexar à mi alvedrio
que dudar, ni que elegir,
porque viene con partidos
tales, que han sabido hacerse
de voluntarios precisos.
Con Lotario, un deudo fuyo,
que à Mantua de Milan vino,
me escribe que: mas la carta
mejor que yo ha de decirlo.
Lee. Muchos medios ha buscado
el deseo y gusto mio,
para que entre los dos cesen
nuestros rencores antiguos.
A ninguno vuestra Alteza
derechamente ha salido,
fino respondiendole siempre
sospechoso en sus estulos.
Yo, deseando acabar
de una vez con homicidios,
desdichas, estragos, muertes,
pérdidas, robos, delitos,
que siempre acarrea la guerra,
de mi parte determino
hacer todo lo que puedo,
por hacer virtud del vicio.
Diana, mi unica hija,
sea el iris, cuyos visos
creamos los dos, serenen

dilavios, que no ha podido
el tiempo; y asi, os la ofrezco
para uno de vuestros hijos.
Padrique y Carlos nacieron
juntos, y segun he oido,
la vida de mi señora
la Duquesa, en el peligro
de su parto, embarazo
las matronas, que en olvido
pusieron en señalar
al primero; y pues los miro
tan iguales à los dos,
de los dos ninguno elijo.
El que vos quisiereis, sea
su esposo; pero advertido
de que ha de heredar mi casa,
renunciando por escrito
todo el derecho à la vuestra,
y mis armas y apellido
ha de conservar; con esto,
yo habré el gusto conseguido
de echar la guerra de Italia,
y vos vereis convenidos
à los dos, sin que ese estado
llegue à verse dividido;
supuesto que el que dexare,
por ser heredero mio,
de serlo vuestro, Diana,
y Milan, bien imagino,
que pueden desagraviarle.
De esta conveniencia fio
tanto, que ya como cosa
hecha y asentada firmo.
El gran Duque de Milan,
Filiberto vuestro amigo.
Esto escribe el Duque, y yo
gustoso y agradecido,
à sus deseos, intento
responderle con los mismos.
A ninguno está mejor
que à mi, pues asi consigo
(como él dice) que mi Estado
nunca parcial, ni diviso
llegue à verse, y que los dos
dos

De una causa dos efectos.

dos Estados tan altivos
tengais? Lo que resta ahora
es, como hermanos y amigos,
que los dos os convengais.
Milan, Estado es mas rico,
que Mantua; si de la patria
el heredado cariño
os llama, en Diana hermosa
disculpas hay, convenios,
que uno ha de casar con ella,
y otro ha de mandar conmigo.

Carl. Con tu licencia, señor,
y de mi hermano, imagino
que hablando el primero yo,
está todo concluido.

Fed. Di. Fad. Lo que Carlos elija,
puesto que es tan entendido, *ap.*
será lo mejor; y así,
lo que el eligiere elija.

Carl. Bien te acordarás, señor,
que à Mantua la nueva vino
de unas justas de à caballo,
que el gran Principe de Ursino
como deudo de Diana,
mantenia en su servicio;
sustentando, que era ella
de amor el mayor prodigio.
Bien te acordarás tambien,
que à tu obediencia rendido,
te pedí, para ir à verla,
licencia, y que tu indeciso
me la negaste, temiendo
que yo fuese conocido
en la Corte de Milan,
siendo el Duque tu enemigo.
A que yo te di palabra
de ir secreto y escondido,
tanto, que nadie supiese,
que era, gran señor, tu hijo.
Que me la otorgaste, en fin,
y que yo nada lucido
salí de Mantua, quitando
à tu temor los indicios:
pues oye desde aqui ahora

lo que hasta aqui no has sabido
Aunque de Mantua salí
de la manera que he dicho,
ya tenia yo en Milan
mis caballos prevenidos,
criados, armas, libreas,
joyas, plumas y vestidos.
Lagué à Milan de secreto,
antes de la justa, cinco,
ò seis dias, la Ciudad
llena hallé de regocijos,
à que yo, como extrangero,
muy particular asisto
de dia; pero de noche
el mas galan y lucido
de mascara à los festines
de Palacio iba: no pinto
de ellos la grandeza ahora,
por no parecer prolixo.
Solo no podré escusarme
de pintar el peregrino
bello celestial sujeto
de Diana, donde quiso
esmerarse el cielo todo,
pues tan de espacio la hizo,
que fue singular cuidado
de sus estudios divinos.
Las poeticas pinturas,
los retoricos estilos,
que de los rayos del sol
han coronado les rizos
de una beldad, que de grana,
y nieve han hecho los visos
de sus mexillas, mezclando
los dos colores distintos,
que arcos de amor à las cejas,
à los ojos dos zafiros,
menudas perlas los dientes,
los labios claveles finos
torneado alabastro el cuello,
las manos maráiles lisos;
si es que lo han dicho por ella,
verdad, gran señor, han dicho
No vió el sol tal hermosura,

De Don Pedro Calderon de la Barca.

en quantos rumbos y giros
ay de un Polo al otro Polo
por azul campo de vidrio.
Vila, y améla, señor,
todo tan de improviso,
que no sé si haberla amado,
ne aun antes de haberla visto.
Abfarto quedé al mirarla,
y tanto, que suspendido,
à mi mismo, de alli à un rato
me pregunté por mi mismo.
No digan, que ha menester
tiempo Amor, porque si ha sido
Dios, (en Dios no se da tiempo,
presentes tiene los siglos.
Empezó el sarao por ella,
porque el Principe de Ursino
la facó à danzar, y yo,
que tan ayrosa la admiro,
me cobré, diciendo à voces
à mi confuso alvedrio:
Albricias, que no es deidad
imposible la que figo,
muger es, puesto que hacer
tantas mudanzas la miro.
Al maestro del festin
lugar pedí, habiendo dicho
un nombre supuesto, y él
me le concedió. En el sitio
apenas me puse, quando,
(aqui no importa el decirlo)
el precio de mas galan
me dieron, Amor lo hizo.
Danzé con ella, sin darme
la mano, porque es estilo,
no dar la mano la Infanta
à nadie; y asi, de un limpio
blanco lienzo, por las puntas
danzamos los dos afidos.
Que comunica el veneno
un nocivo pez, he oido,
al incauto pescador
por la caña, y por el hilo,
verdad debe de ser, puesto

que ese monstruo peregrino
por el contacto del lienzo,
me comunicó su hechizo.
Mientras danzaba con ella,
pude decirla al oido:
ò la mejor ó ninguna,
siempre escogió mi alvedrio,
de donde para la empresa
se ocasionó mi motivo.
Llegó de la justa el dia,
y quando ya estaba el circo
con naturales y extraños
caballeros, sin padrino
ninguno, de negro y oro,
en un caballo morcillo,
que viendome entrar tan mudo,
con noble lozano instinto,
al compas de las trompetas
respondia con relinchos:
La tela ocupé, calada
la sobrevista, que Olimpo
de negras plumas, mosqueadas
de atomos de oro à los visos
del sol, desesperacion,
y tristeza, afectos mios,
publicaba en los colores
de lo negro, y lo pagizo.
Di la targeta à los jueces,
ya que me ocasionó el dicho
lo que en el festin la dixé,
para hacerme conocido.
Y asi la empresa, señor,
era un coronado risco,
cubierto de varias flores,
y en el mas ameno sitio
una bellissima rosa,
con esta letra por friso:
Fortuna,
ò la mejor ò ninguna.
Empezaronse à correr
las lanzas, adonde hizo,
dando y negando los precios,
la gran fortuna su oficio.
Llegó mi puesto, y apenas

De una causa dos efectos.

en la estacada me miro,
quando un clarín hizo seña
de embestir, à cuyo aviso
respondió el bruto tan pronto,
que dió à entender, que era hijo
del viento, y le obedecia
aun en bronçe repetido.
La primera lanza iguales
el Príncipe y yo corrimos,
sincopa de la carrera,
pues juntó el fin, y el principio.
En la segunda, al reencuentro
cargó el cuerpo en los estribos,
doy de los pies al caballo,
el cuento en el ristre afirmo,
con tal dicha, que gozando
de su movimiento mismo,
facandole del borren,
por las ancas le derribo.
Cayó en el suelo, acudieron
sus deudos, y sus amigos,
para vengar el desayre.
Los extrangeros movidos,
como era causa de todos
tener hecho bueno el sitio,
se pusieron à mi lado,
y alterado y confundido
el campo en civiles guerras,
confusion, voces y ruido
fue, sin que el Duque bastase
todo el día à dividirnos,
hasta que la negra noche
à ponernos en paz vino.
Aquesta misma salí
de Milan, mas tan rendido
à la beldad de Diana,
que à pesar del dolor vivo.
El verla tan imposible,
la causa, señor, ha sido
de la gran melancolia
que padezco, los retiros
en que me ocupo, tomando
por medicina los libros,
de esto nacen. Pues el cielo

à las manos ha traído
la ocasion en que yo pueda
vencer mis hados esquivos,
y hacer mi fuerte dichosa,
como à padre te suplico,
y como à hermano te ruego,
que yo sea el elegido
hoy de los dos para esposo
de Diana, laz que sigo,
sol que adoro, bien que busco
vida que amo, alma en que aním
y finalmente, deidad,
que idolatro y sacrificio.
Fed. Menos encarecimientos,
Carlos, que no son precisos
para que tu amor consigas,
hoy con Fadrique y conmigo.
Fad. Si son, señor, y aun no bast
para que queden vencidos
mis deseos, quando yo
à la misma gloria aspiro.
Yo he de casar con Diana,
ò quejoso y ofendido
de tu amor he de vivir,
si es Carlos el preferido.
Fed. Quando pensé que de entram
competencia hubiera sido
el quedar conmigo en Mantua
sin mi lo es à Milan itos?
Fad. Por mi parte, si señor.
Carl. Yo lo erré en no haber dicho
que en Mantua queria quedarme
pues entonces imagino,
que tu en Mantua te quedarás
contento, que otro motivo
no tienes para elegir
ir à Milan, que haber visto,
que eso es lo que yo deseo.
Fad. Pues no tengo yo mis cinco
sentidos, mis tres potencias,
mi eleccion, y mi alvedrio,
para saber escoger
lo mejor? *Fed.* Quando haya si
lo mejor, Fadrique habiendo

De Don Pedro Calderon de la Barca.

Carlos, tu hermano, oido
pasion, hacer debieras
el interes desperdicio.
Yo tambien tengo passion,
tambien de Diana vivo
enamorado. *Carl.* Tu? como?
nunca à Diana has visto?
Sí he visto. *Fed.* Como, si nunca
de Mantua un punto has salido?
En Mantua la he visto.
M. Quando,
ella nunca à Mantua vino?
Sí vino, y yo la vi en Mantua,
basta que yo lo digo.
En Mantua Diana? *Fad.* Sí.
M. De qué suerte,ò como? *Fed.* Dilo.
En un retrato pintada:
bien del empeño he salido; *ap.*
qué linda cosa es tener
ingenio! Miren si afirmo
yo bien, que un buen natural
no necesita de libros.
M. Una pintura no es
bastante objeto al activo
incentivo de amor. *Fad.* Yo
no entiendo bien de incentivos,
ni objetos, y solo sé,
que à una pintura me rindo;
y ello, sea como fuere,
yo tengo de ser marido
de Diana. *Carl.* Si pudiera,
señor, acabar conmigo
el desistir de esta dicha,
en tus manos mi alvedrio
pusiera à que usáras de él,
no puedo, porque no es mio:
A mí me has de hacer dichoso.
M. De ser Carlos preferido,
no me has de ver en tu vida.
M. Igualmente sois mis hijos,
y estais empeñados ambos;
pero ya un medio previno
mi industria: yo escribiré
al Duque, que tanto estimo

la conveniencia que trata,
que à entrambos à dos envío
à Milan, para que sirvan
à Diana, y elegido
sea de ella, y no de mi,
el dichoso. *Fad.* Bien has dicho.

Carl. Tu no estás enamorado,
pues das tu amor à partido;
dexame, Fadrique, aquesta
dicha, y siempre agradecido,
me confesaré tu esclavo.

Fad. No puedo, porque no es mio
mi alvedrio. *Fed.* Esto ha de ser,
y así, al punto habeis de iros.

Carl. Eso es querer que seamos,
no hermanos, sino enemigos.

Fed. En sagrados galanteos
no hacen los zelos su oficio.
Id, pues, à Milan los dos,
servid amantes y finos,
y esté mal con su fortuna
quien la pierda, y no enemigo. *Vase.*

Fad. Diana sin conocerte,
voy à amarte por capricho;
necio dicen que soy, hazme
dichoso, y seré entendido. *Vase.*

Carl. En competencia de otro,
Diana, à servirte me ánimo;
cuerto he sido, no me haga
necio tu desden esquivo. *Vase.*

Salen Diana, Estela, Flora, Nise y Clori.

Est. En esta apacible esfera,
donde cortefanas flores,
con vanidad lisonjera,
siempre estan diciendo amores
à la fertil primavera.
Dando envidia hermosa à Flora,
desconfianzas al dia,
zelos à la blanca aurora,
puedes divertir, señora,
tu grave melancolia.

Dian. Ay, Estela, que no fuera
mi melancolia grave,
si este alivio permitiera,

Dé una causa dos efectos.

porque no es pasión severa
la que divertir se sabe.

Flor. También desesperación
es, no tratar resistir
la fuerza de una pasión.

Dian. Eso se le ha de decir,
Flora mía, al corazón.
Qué me importará à mi hacer
esfuerzos para vencer,
si él, en tan dudosa calma,
es libre país del alma,
y no quiere obedecer?

Nis. Ninguna te ha merecido
haber qual la causa ha sido,
que à este extremo te obligó.

Dian. No puedo decirla yo,
porque aun yo no la he sabido.

Clor. Desde el día que mantuvo
aquella justa el de Ursino,
mas placer en ti no hubo.

Est. Si yo la causa en que estuvo
tu sentimiento adivino,
confesarásla? *Dian.* Es error
decir que sí, que al rigor
la causa ignoro cruel.

Est. Hasta que se cae en él,
tal vez se ignora un dolor.

Dian. Si tu le hallas, sí diré.

Est. Yo he presumido, que fue,
que el de Ursino te ha pesado,
que vuelva tan desayrado.

Dian. Pues haste engañado à fe.

Flor. Distinta la causa ha sido
en que habia discurrido
yo. *Dian.* También la diré.

Flor. Por Milan se dice, que
à Mantua Lotario ha ido
à tratar tu casamiento
con el uno de sus dos
Príncipes, y el sentimiento
es, rendir tu pensamiento
al ciego vendado Dios,
à quien siempre le ha negado
vasallage su rigor.

Dian. Algo mas has despertado
el dolor, mas no el dolor
de que nace mi cuidado.
Bien pudiera mi pasión
nacer de que tanto importe
forzar yo mi condición,
mas mugeres de mi porte,
no casan por elección.
Y así, puesto que ha de ser,
à mi padre le tocó
tratar, à mi obedecer.

Nis. Ahora me figo yo;
pero conviene à saber,
que yo à adivinar aquí
tu tristeza no me atrevo:
quieres oír un tono nuevo,
que anda ahora válido? *Dian.*

Canta Nis. Fortuna,
ò la mejor ò ninguna.

Dian. Aguarda, quien escribió
esa letra? *Nis.* El caballero,
que de negro y oro entró
en la justa aventurero,
aqueste mote sacó,
y un ingenio le ha glosado,
para poderse cantar.

Dian. Prosigue, que tu has halla
sin quererle, Nise, hallar,
el dolor de mi cuidado.

Canta Nis. En los jardines de amor
por mas bella y mas hermosa
emperatriz es la rosa
de toda vasalla flor:
y puesto que por mejor
la corona su beldad,
sepulcro mi vanidad
haga de su verde cuna:
Fortuna,
ò la mejor ò ninguna.

Dian. No cantes mas. *Est.* Pues de
te has disgustado? *Dian.* No
la musica me cansó.

Flor. No te agrada el tono? *Dian.*
Clor. Pues bien celebrado fue

De Don Pedro Calderon de la Barca.

n Milan. *Dian.* Bien me parece,
ue esos aplausos merece,
as musica cierto es ya,
ue alegra al que alegre está,
al que está triste entristece.
De esto, Estela, habrá nacido
a causa, porque me dió
esadumbre haberla oido,
xalá no hubiera sido *ap.*
tra la que lloro yo.
Pero qué es esto? (ay de mi!)
ro tan claramente digo,
que oir el mote senti?
ero qué importó conmigo
solas? Mucho: y así,
este pesar me he de dar,
dexarme vencer no es justo
del dolor, vuelve à cantar;
mas ay, que es hacerme un gusto,
queriendo hacerme un pesar.
*Mientras canta, sale Pernia embozado
con capa de grana y sombrero
de plumas.*

nta *Nis.* Fortuna,
ò la mejor ò ninguna.
an. Suspende, Nise, la voz,
no por la primera causa,
que la suspendió otra vez
el precepto de mis ansias,
fino por otra, que à mas
extremos, que la pasada,
obliga: qué hombre es aquel
que à la retirada estancia
de estos hermosos jardines,
adonde estoy con mis damas,
se atreve à entrar? *Est.* En el rostro
el embozo de la capa,
no le dexa conocer.

an. Dad voces, que entre la guarda
à despejarle. *Pern.* No dé
voces, fino es la que canta,
que no gustaré de oir otras,
aquehas solas me agradan,
y quiero hacerla favor

segunda vez de escucharlas:
Profigue el tono, que no
te faltará qual que alhaja,
que en mi recamara hay
para este efecto, à Dios gracias,
desde el tiempo de los cuellos
unas calzas atacadas,
con tales bordes, que puestas
debaxo de las enaguas,
servirán de guardainfante.

Dian. Quien vió desvergüenza tanta!
el osado atrevimiento
de entrar aqui, no bastaba,
fino el hablarme de burlas?
Hombre, que el claustro profanas
del templo de amor, adonde
tiene el respeto sus aras,
quien te ha dado presuncion
de poner aqui las plantas?

Pern. Amor, poderoso Rey
de las vidas y las almas.

Dian. Aun mas, que con la osadía,
con ese nombre me agravias:
qué es amor? *Est.* Yo he de quitarle
el embozo de la cara, *Descubrese.*
y ver quien es. *Pern.* Pues con eso
acabóse la maraña.

Dian. Loco, tu eres? *Pern.* Pues quien,
señora, hasta aqui llegára,
fino yo, con la licencia
de estar confirmado en gracia
tuya? hasta tu cielo entré,
y viendo quan triste estabas,
quise darte este picon,
à que ocasionó esta gala.

Ahora la menor hoja
de aqueha azucena blanca
me da à besar. *Dian.* Yo confieso,
que me tiene disgustada
la burla, mas te agradezco
tanto el que vuelvas à casa,
que te la he de perdonar:
toma, y del suelo levanta.

Est. Medrado vienes, Pernia,

De una causa dos efectos.

de plumas, telas y grana.

Pern. Como he andado à pecorea,
vengo lucido de alhajas.

Flor. Quien te dió aqueste vestido?

Pern. El gran Duque de Ferrara,
mas buen susto me costó,
y partíme para Mantua.

Dian. En Mantua has estado? *Pern.* Sí.

Dian. Huelgome, porque me hagas
relacion de quienes son
sus Principes. *Pern.* Lindas lanzas.

El uno es un Saturnino,
de aquellos que apenas hablan
dos razones entendidas,
y esas dos muy ponderadas.

Quise embestirle, y echóme
muy mucho de noramala,
que es hombre todo de veras,
y tiene en el mundo fama
del hombre mas entendido,
que hoy se conoce en Italia.

El otro es un majadero,
si es majadero el que guarda
sus doblones, caprichoso,
de presumida arrogancia,
y vanidad: allá tuve

con él no sé qué demandas
de quatro escudos. *Dian.* En fin,
todo ese discurso pára

en que el uno es entendido,
y otro necio? *Pern.* Sí, madama.

Dian. Mas qué me cabe à mi el necio,
segun soy de desdichada?

Est. Y qual es el entendido? *Pe.* Llamase-
Sale el Duque Filiberto de Milan.

Fil. Qué haces, Diana?

Dian. Oyendo estaba à este loco,
que ha divertido mis ansias.

Fil. Dátele yo este diamante,
porque à divertirte basta.

Pern. Divertiré yo à este precio
à un Ginovés, quando haga
asientos en su favor.

Fil. Vete, y allá fuera aguarda.

Vase Pernia.

Ya, Diana, te di cuenta
de como darte trataba
esposo, y que habia de serlo
Fadrique ò Carlos de Mantua.

A esto Lotario partió,
y es la respuesta, que tanta
codicia en les dos ha puesto
tu hermosura soberana,
que entrambos la patria propi-

dexan por la agena patria.
Viendo su gran competencia
el Duque, à entrambos les man-
vengan à servirte, y que
se corone de esperanzas
aquel que en tu galanteo
llegne à merecer tu gracia.

A aqueito vienen los dos
con sus familias y casas,
sus caballos y libreas,
diamantes, plumas y galas:
y con tanta priesa, que,
dandoles amor sus alas,
han llegado hoy à Milan,
y ahí fuera licencia aguarda
para besarte la mano.

Yo, porque estés avisada
de todo, entré à prevenirte,
examina, mide y tasa
qual te agrada por esposo,
que aunque nacen destinadas
las mugeres como tu

à no elegir con quien casan
la novedad hoy dispensa
alvedrio, con que hagas
eleccion. Por escusar

de tus mexillas el nacar,
mas respuesta, que decirles
que entren, no espero, *Dian.*

Llega hasta la puerta, y vuelve à
con Carlos, y Fadrique, Enriq
Marcelo, y acompañamiento,
vestidos de color.

Dian. Hay, Estela, igual sucefo

De Don Pedro Calderon de la Barca.

Mejor, que tu imaginabas,
na sido. *Flo.* Qué no dixese,
para estar mas avisada,
Pernia qual era el necio?
an. Eso, Flora, te embaraza?
no está un necio conocido
à la primera palabra?
arl. Qué hermosura tan divina!
ad. Qué beldad tan soberana!
arl. Turbado he quedado al verla.
ad. Absorto estoy al mirarla.
arl. Sino llego à ser ceniza
de aquella encendida llama,
para qué añades mas fuego,
amor? el pasado basta.
ad. Qué nuevo afecto (ay de mí!)
es el que siento en el alma
despues que la ví? que à un tiempo
la voz yela, el pecho abraza.
Fil. De qué os suspendeis? llegad,
que esta es, Principes, Diana.
Carl. Agravio has hecho, señor,
à nuestro conocimiento,
en advertirnos atento,
qual es el rayo de amor:
bien entre una y otra flor,
por mas pura, por mas bella,
la rosa se admira al vella;
bien entre una y otra rosa,
por mas brillante y hermosa
se hace distinguir la estrella.
Bien en el mas lisonjero
imperio de estrellas ya,
entre una y otra se da
à conocer el lucero:
bien en el claro emisferio,
entre uno y otro farol
de luceros, su arrebol
la luna ostenta oportuna;
bien entre una y otra luna
se sabe qual es el sol.
Bien asi en la soberana
beldad de esta verde esfera
nuestra atencion conociera

entre todas à Diana:
porque su beldad ufana
es la rosa entre las flores,
la estrella entre los candores,
lucero entre las estrellas,
luna entre breves centellas,
y sol entre resplandores.
A tus pies turbado llego,
disculpe mi turbacion
la precifa admiracion
de ver juntos nieve y fuego;
que es desatencion, no niego,
en competencia tan fuerte,
llegar aqui, pero advierte,
que esta leve confianza,
no nace de la esperanza,
señora, de merecerte.
En lo inmenso no se da
medida, del sol la lumbre
distante está de la cumbre
del olimpo, quando está
del mas hondo valle, ya
que inmensa es tu beldad bella,
suba à la cumbre mi estrella
de su luz, no por pensar
que à tocarla ha de llegar,
sino por llegar à vella.
Est. Qué atento y galan habló!
Flo. Qué cuerdas cortesanas!
Fad. Tras tantas filosofias, *ap.*
qué tengo de decir yo?
Pero ahora se me acordó
un mote, que à él mismo oí,
y no viene mal aqui.
Aunque à veros he llegado,
sin estar enamorado,
desde el instante que os ví,
me parece que lo estoy
muy superlativamente,
porque lo que el alma siente,
no lo ha sentido hasta hoy:
Mil alabanzas os doy,
porque en todas no hay alguna,
que iguale vuestra fortuna,

De una causa dos efectos.

y yo os he de merecer,
porque para mí ha de ser,
ò la mejor ò ninguna.

Carl. De mi mote se ha valído.

Est. Bien dixiste tu, que era
à la palabra primera
qualquier necio conocido.

Flor. Qué vano! *Nis.* Qué presumido!

Dia. El mote à entender me ha dado, *ap.*

que este es el que le ha costado
à mi honor tanto rezeloso,
tanto sueño à mi desvelo,
tanta pena à mi cuidado,
y es el necio; pero aquí
disfumar importó.

Quanto puedo decir yo,
Principes, diga por mí
el silencio; y pues que fui
tan feliz, callando intento
no agraviar mi sentimiento,
seais bien venidos los dos:

Quien juntára en uno (ay Dios!)
estrella y entendimiento! *Vase.*

Fil. Venid los dos, porque aquí
quartos à los dos os den. *Vase.*

Fad. Marcelo, no la hablé bien,
y bien despejado? *Marc. Sí.*

Fad. No lo creyera de mí,
segun me vi temeroso
al verla. *Carl.* Qué rezeloso,
Enrique, estoy! *Enr.* Es en vano:
qué hay que temer?

Carl. Que mi hermano
es necio, y será dichoso.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Diana y Estela.

Dian. Estamos solas? *Est.* Sí, estamos.

Dian. Pues has de saber, Estela,
que ya faltó à mi silencio
margenes, adonde pueda
caber; y pues explayado
hoy de sus cotos rebienta,
oyeme tu, que esto solo

quiere el cielo que le deba,
pues saliendo de mí, sale
para quedarse en mí mesma.
Bien te acuerdas que el de Urbi
con mil amantes finezas,
à tratar mi casamiento
vino à Milan: bien te acuerdo
que el tiempo, Estela, en que esto
en Milan, todo fue fiestas.
Pues una noche al farao
entró, la mascara puesta,
un caballero, vestido
de azul y plata, en diversas
cifras mi nombre bordado
de memorias; considera
si olvidará al caballero,
quien del vestido se acuerda.
Al maestro de la sala
del festín pidió licencia
para danzar, en secreto
debió de decir quien era.
Sacóme à danzar con él,
y de quantas menudencias
tan particulares una
memoria loca se acuerda!
Esa letra, que anda ahí
puesta en tono, que fue empre
suya en la justa, me dixo,
prevenida diligencia,
para que en la justa yo
le conociese por ella.
El fin que la justa tuvo,
tu le sabes, pues en guerras
civiles viste la Corte
con tal confusion envuelta.
La noche la puso en paz,
y sin que jamas supiera
quien fuese aquel caballero,
quedé en Milan: la tristeza
que desde aquel mismo dia
quiere el cielo que padezcas;
las melancolias que paso,
son (aquí de mi verguenza)
corrida de que en el mundo

De Don Pedro Calderon de la Barca.

aya un hombre, que merezca
os suspiros que me debe,
as lagrimas que me cuesta.
Trató mi padre casarme
en Mantua, pase mi lengua
por esto apriesa, pues sabes
la amorosa competencia
de los dos, que hoy en Milan
me sirven y galantean.
Que uno es discreto en extremo,
con todas las partes buenas
de caballero, que afable
toda la Corte se lleva
tras sí, que nobleza y plebe
le aplauden y le celebran.
Que el otro en extremo es necio,
que vanidad y soberbia
le deslucen tanto, que
nadie le estima, ni aprecia.
Y lleguemos de una vez
al caso, para que veas
con quantas causas mis dichas
de mis desdichas se quejan.
Este necio, este de todos
aborrecido (qué pena!)
es el mismo del festin,
y la justa, à quien confiesa
tanta inclinacion el alma;
mira ahora y considera
si habiendo de elegir uno,
habrá confusion como esta.
Si à Carlos elijo, voy
contra el poder de mi estrella,
que ya inclinada à Fadrique
me tiene, sin que yo pueda
echarle de mi memoria,
por mas defectos que tenga.
Si à él elijo (ay cielos!) dando
à mi inclinacion la rienda,
culpable eleccion será,
pues, en fin, será indecencia
de una muger como yo, no
ver que dos afectos tenga,
por inclinacion al uno,

y al otro por conveniencia.

Est. Con causa, señora, estás
triste, mas dame licencia
para hacerte una pregunta.

Dian. Ya la tienes. *Est.* De qué llegas
à presumir, que Fadrique
aqueste embozado sea
de la justa y del festin?

Dian. Facil está la respuesta;
pues quando aqui llegó à hablarme,
à la palabra primera,
entre muchas necedades,
me repitió de la empresa
el mote, dando à entender,
que él el embozado era.

Est. Tienes mas indicios, que este,
para pensarlo? *Dian.* No, Estela.

Est. Pues este, señora, es
muy tibio, si consideras,
que los que no saben mucho,
siempre se valen de letras
y motes, que en otra parte
oyeron, y estando hoy esta
tan valida, pensaria,
que era gran gala usar de ella.

Dian. Sola esa breve esperanza
à mi desdicha le queda,
y para desengañarme,
la primer vez que le vea,
me he de dar por entendida
de que él fue; y tomando señas
particulares, salir
una vez de la sospecha.

Sale Pern. Pardiez, señora Diana,
que mas hallaros me cuesta
hoy por aquestos jardines,
que pudiera por las selvas
de Arcadia à esotra Diana,
que fue deidad de la tierra.

Dian. Pernia, de donde bueno?

Pern. De cobrar vengo una deuda,
que Fadrique me debía

desde Mantua. *Dian.* Y donde quedat

Pern. El y esotro circunspecto,

De una causa dos efectos.

andan por redes y rejas
de este jardin afechando,
si hay por donde los dos puedan
verte. *Dian.* Y has hablado à Carlos?
Pern. Yo à Carlos? ni Dios lo quiera;
pues como he de hablar de burlas
à quien siempre oye de veras?
Todos te culpan, señora,
de que no des la sentencia
definitiva à estos novios;
y yo solo en tu defensa
digo, que tienes razon
de dudar à qual prefieras;
porque tan malo es el uno
como el otro, si se llega
à advertir, que para esposo,
es tanta culpa que sepa,
como que ignore: y asi,
tomando en la competencia,
un medio à los dos extremos,
yo un buen consejo te diera.

Dian. Y estè *Per.* Que te cases conmigo,
que estoy en la region media,
ni tan sabio, que te aflija,
ni tan necio, que te ofenda.

Dian. Cierro que estoy por tomar
el consejo.

Salen al paño Flora y Carlos.

Flor. Vuestra Alteza,
que anda Diana, mi señora,
por este jardin, advierta,
con sus damas; y podrá
disgustarse de que à verla
entre, estando en sus retiros
descuidada. *Carl.* Flora bella,
no quiera amor, que al menor
disgusto fuyo me atreva:
yo procuraré esconderme
entre la varia belleza
de sus verdes laberintos;
por tu vida, que licencia
me des de entrar, y esta joya,
no dadiva, sino prenda
de voluntad, por fiadora

faldrà, de que te agradezca
esta dicha eternamente.

Flor. No tengo de hacer por ella
lo que no hago por vos solos;
perdonadme, y salios fuera.

Carl. En tomando vos la joya
me iré, que ya mal contenta
conmigo estará quien tuvo
vanidades de ser vuestra.

Flor. Sin obligacion la acepto,
por no parecer grosera.

Dian. Flora? *Flor.* Señora?

Dian. Qué es eso?

Flor. No creyendo que tan cerca
estuvieses, Carlos quiso
ver la hermosa primavera
de este jardin, y yo estaba
deteniendole à la puerta.

Dian. Bien esa curiosidad
pudo excusar vuestra Alteza,
y mas si sabia que yo
estaba aqui. *Carl.* De manera
turbado he quedado, al veros
disgustada, que aunque quiera
disculparme, no sabré;
porque si dice mi lengua,
que no supe que aqui estabais
mentirá; y si à decir llega,
que porque lo supe, entré,
será la verdad la ofensa:
y asi, entre una y otra duda,
se habrá de quedar suspensa,
pues es tan malo, que diga
hoy verdad, como que mienta.

Dian. De aquestos atrevimientos
no puedo yo formar queja,
pues ya con la dilacion
les doy, Carlos, la licencia;
mas yo me resolveré
presto, para que no tengan
lugar estas bizarrías
con mascara de finezas.

Carl. Confieso, que à una eleccion
mi vida pendiente está,

que

De Don Pedro Calderon de la Barca.

e su sentencia será
gloria, ò mi perdicion:
o una satisfaccion
ra consuelo prevengo.
Qual es? *Carl.* Si à decirla vengo;
poder vuestra venganza
titarme. *Dian.* Qué?
La esperanza.
Por qué? *Carl.* Porque no la tengo.
2. Parece que contradice
ese modo de sentir,
eros, Carlos, asistir
premio de mas felice.
ca. Eso à esotro no desdice,
ue el defauciado de un fuerte
nal, aunque su muerte advierte,
os remedios apellida,
o por dilatar la vida,
nas por no abreviar la muerte.
n. No hay mas modo de morir,
ue el vivir no dilatar;
uego el desear no abreviar
a muerte, es desear vivir.
a. Sí, mas debese advertir,
que aunque uno el efecto sea,
la accion con que se desea,
no en substancia, en accidente,
uede hacerle diferente.
an. Como? *Carl.* Un exemplo se crea:
El hombre que es desdichado,
amas al bien aspiró,
con no ver al mal, vivió
en su esfera consolado:
luego si en aquél se ha dado
un defecto tan igual,
que al bien, y al mal es neutral,
en mi se dará tambien,
no desear vivir, que es bien,
ni desear morir, que es mal.
Y asi, en el alto trofeo,
à que me veis asistir,
no deseo conseguir,
solo no perder deseo;
en cuya atencion me veo

con tanta desconfianza,
que sombras del bien alcanza,
asistiendo este favor,
mas porque tengo temor,
que porque tengo esperanza.
Dian. Quien al bien no aspira, y quien
no siente el mal, claro está
que ausencia no sentirá,
pues ni es favor, ni es desden;
y asi, que os volvais es bien.
Carl. Desconfiado mi amor,
obedezca ese rigor;
mas si fuera precio justo
de haberos dado un disgusto,
mereceros un favor
solamente os suplicára,
sobornandoos con mi ausencia.
Dia. Qué? *Car.* Que de vuestra sentencia
el dia se dilatára.
Dian. Pues por qué? *Carl.* Porque durára
en la calma de mi estado,
ni envidioso, ni envidiado;
que mas quiero temeroso
vivir en duda dichoso,
que de cierto desdichado. *Vase.*
Est. Qué ingenio à su ingenio iguala?
Pern. Tu bien fueras à escucharle.
Dian. Para qué? *Pern.* Para enviarle
muy mucho de noramala:
tanto entendimiento y gala
malograrla en un marido
es lastima. *Flor.* Qué entendido!
Est. Qué cuerdo! *Dian.* No le alabeis
tanto. *Est.* Por qué? *Dia.* Porq̃ haceis
nueva guerra à mi sentido.
Salen al otro lado Nise y Fadrique.
Nis. Mirad, que está aqui Diana,
y se enojará si os doy
paso. *Fad.* Qué importa que hoy
vea su beldad ufana
mal vestida, quien mañana
mal tocada la ha de ver?
Nis. A mí me ha tocado hacer
este reparo. *Fad.* A mí no;

De una causa dos efectos.

y puesto; Nise, que yo tu amo tan presto he de ser, no me disgustes. *Nis.* No sé que sea disgusto. *Fad.* Esto pasa? réplicas? mañana à casa de tus padres te enviaré.

Dian. Nise? *Nis.* Señora. *Dian.* Qué fue eso? *Nis.* Fadrique ha querido entrar hasta aqui atrevido; y porque yo le decia, que disgustarte podia.

Dian. Profigue. *Nis.* Me ha despedido.

Flor. Esas joyas da? *Fad.* Es asi, porque no ha de haber criada tan bachillera, que en nada me haya de advertir à mi.

Dian. Orden mia fue, que aqui à nadie dexase entrar.

Fad. Mia no, y considerar debiera, que soy mas yo que nadie. *Dian.* Quien, cielos, vió en el mundo igual pesar?

Qué una ciega inclinacion obligue à mi vanidad, oyendo esta necedad, à dudar en la eleccion, con aquella discrecion de Carlos! mas ya que aqui hoy ha llegado (ay de mi!), si él el embozado fue de justa y sarao sabré.

Fad. No os espanteis de que asi hoy, à riesgo de enojaros, à este jardin, donde vengo, éntre à hablaros, porque tengo muchas cosas en que hablaros.

Dian. Y yo dispuesta à escucharos estoy ya, porque no entreis otra vez adonde os veis: decid, pues, lo que intentais.

Fad. Que tan gran merced me hagais, señora, que os declareis de una vez; y no dudoso me tengais de mi ventura,

que si de vuestra hermosura yo tengo de ser esposo, es estilo riguroso, aunque es tan grande el empujarle con el deseo; porque no es tan estimado el bien que llega esperado, como apriesa. *Dian.* Asi lo creyó pero Carlos me decia ahora, que él estimára, que jamas me declarára.

Fad. Y esa opinion fundaria allá en su filosofia, sin ver que es error extraño, pues no ama el que en su engaño consolado, de su dama no ama el favor. *Dian.* Menos a quien no teme un desengaño.

Fad. Saber ahora no quiero qual lo mejor viene à ser, que à mi me basta saber, que si espero, desespéro.

Dian. Si otras causas considero, no os juzgo tan mal hallado en Milan, que os dé cuidado estar hoy en él. *Fad.* Por qué?

Dian. Porque el que embozado fue de todos tan celebrado (que ya todo se ha sabido) no sé por qué le ha de dar pena descubierto estar.

Fad. Cielos, Diana ha creído, (el mote la causa ha sido) que el de la justa fui yo; y pues el amor me dió ocasion ahora con que pueda obligarla, diré, que ella el riesgo me debió. Aunque jamas presumió el corazon que os adora, haceros cargo, señora, de alguna fineza mia; viendo que este feliz dia vos la sabeis, mal haré

De Don Pedro Calderon de la Barca.

negatla yo, porque
era agraviar la fineza,
ue me debió esa belleza.
n. Cierta mi desdicha fue, *ap.*
Estela, no hay que apurar
mas mi pena. *Est.* Pues estamos *ap.*
oy en la ocasion, veamos
es que te quiere engañar.
n. Mucho he estimado llegar
haber sabido, que fuisteis
os el que à Milan venisteis,
or ser la que os conocí
yo, y afirmando ahora aquí
er el que tanto lucisteis,
no me lo queria creer
Estela, à quien lo decia.
n. Estela es opuesta mia,
arla estado es menester,
porque no tengo de ver
su persona à vuestro lado.
n. Mirad, que si yo he dudado
el que vos fuisteis, señor,
quien con tal gala y valor,
de todos tan celebrado
salisteis, no por dudar
de vuestros meritos fue.
n. Pues por qué, Estela? *Est.* Porque
el atreveros à entrar
en Milan, antes de estar
la paz confirmada, no
cordura me pareció,
sino temeridad. *Fad.* Bien:
pues quien en el mundo, quien
mas temerario es que yo?
- No fue mi intento negar,
que vos fuisteis, solo fue
afirmar, gran señor, que
se han podido equivocar
las señas, y por mostrar
qual se engañó al discurrello;
qué color. *Fad.* Dudo al oïllo.
- Vos sacasteis? *Fad.* Qué color *ap.*
diré? diciendo el mejor,
no puedo errarlo: Amarillo.

Est. Ves como tu te engañaste
en las señas? Pues aunque
Fadrique del festin fue,
no fue el que tu imaginaste,
señora, quando danzaste.
Fad. Yo fui el que ella imaginó.
Est. Pues qué compas se os tocó?
Fad. Otro aprieto? ay ansias mias!
Est. Qué danzasteis? *Fad.* Las folias,
que no sé otra danza yo.
Dian. No es menester advertillo
mas, pues tan cierto seria,
que folias danzaria
quien se vitió de amarillo:
mucho me he holgado de oïllo,
mucho, Fadrique, he estimado
las señas, que me habeis dado
de vos mismo, si atendeis,
que con las señas me habeis
sacado de un gran cuidado.
Fad. Si ha errado mi pensamiento,
la disculpa está notoria
en ser flaco de memoria.
Pern. Y gordo de entendimiento.
Dian. No os disculpeis, que no intento
culparos de engaños lleno,
ni que os tomeis, os concedo,
de otro el merito, si arguyo,
que quien no le tiene fuyo,
no yerra en buscarle ageno.

Entranse las Damas.

Pern. Bueno ha quedado el señor
Príncipe amarillo. *Fad.* Cielos,
qué es lo que pasa por mí?
qué oigo? qué escucho? qué veo?
Quien en el mundo se vió
en igual desayre? pero
qué me admiro? qué me espanto,
si yo de él la culpa tengo?
Pues con mis desatenciones,
y vanos divertimientos,
haciendo de todo quanto
es urbanidad, desprecio,
di la ocasion al desayre,

De una causa dos efectos.

no pensando, no creyendo,
que era menester que yo
tuviese merecimiento
mayor, que ser yo: mal haya
tanto mal gastado tiempo.

Pern. A preguntarle si acaso
fue en casa de algun Barbero
el farao de las folias
iré, señor? *Fad.* Oír no quiero
nada que digas, Pernia.

Pern. Por qué tal desabrimiento?

Fad. Porque he conocido quanto
inutiles son aquellos,
que de sus conversaciones
no dexan algun provecho
al que las oye; y así,
no solamente pretendo
no oírte ahora, porque estoy
disgustado; mas precepto
sea inviolable, que en tu vida
me hables, pues al escarmiento
llegué ya de quanto fuera
mejor, que todo aquel tiempo
que con un loco gasté,
lo gastára con un cuerdo.

Pern. Pues me destierras de tí,
voy à cumplir el destierro,
que ya sé quan peligroso
el oficio es del contento,
pues ha menester llegar
siempre à ocasion.

Fad. Yo estoy muerto,
y no siento haberme hallado
Diana en mentira, pues puedo
disculparla con decir,
que fue un engañado afecto
de amor, querer obligarla
cauteloso; solo siento
haber con vanos descuidos
vivido tan poco atento
à quanto es cortesia,
que ya que à fingir me atrevo
el hallarme en un farao,
errase tanto los medios,

Vase.

que aun no le supiese dar
colores al fingimiento.

O quien emendar pudiera
tantos mal limados yerros
como doró mi ambicion,
y desdoró mi desprecio!

Qué mal hice en persuadirme
altivo, vano y soberbio,
à que era grandeza en mí
el ignorar todo aquello,
que urbanamente aun los Rey
deben saber! Tarde llego
al desengaño, de que
el mejor, el mas supremo
aplauso, no es de la sangre,
fino del entendimiento. *Sale Marcelo.*

Marc. Señor. *Fad.* Marcelo, qué quier

Marc. A darte un aviso vengo.

Fad. De qué? *Marc.* De que esta no

los celebrados ingenios
de Italia, publica tienen
una Academia, y sospecho,
que vienen à convidarte
à tí, y à Carlos; yo viendo
quan poco gustas de hallarte
en aqueſtas cosas, vengo
à avisarte de que aquí
no estés, porque en el empeño
de ir no te pongan, si acaso
llegan à verte. *Fad.* Marcelo,
no solo de ellos huiré,
mas saldré à verme con ellos;
porque en esa obligacion
de ir me pongan, que yo inte
castigar la floxedad
de mis vanos pensamientos
con la verguenza de verme
entre tantos sabios necio.
Llegue à vista de sus ciencia
mi ignorancia, por lo menos
se verá que es ignorancia,
que quiere dexar de serlo.
Y tu, Marcelo, me busca
en Italia los maestros

De Don Pedro Calderon de la Barca.

mas celebrados de quantas
uenas letras hay, y luego
os de quantos exercicios
un Principe hacen perfecto,
abal à un buen cortesano,
y lucido à un caballero.
Que si en la mina del alma
diamante bruto mi ingenio
fue, le ha de pulir mi amor,
fondos dandole y reflexos.
Si fue oro, que ignorado
estuvo en obscuro centro,
mi amor ha de acrisolarle,
quilates dandole eternos.
Si fue perla mal pulida
en la concha de mi pecho,
ha de esmerarla mi amor,
dandola valor y precio.
Ni una accion, ni una palabra
so a hacer, ni decir tengo,
que consultada no esté,
y examinada primero
con la razon y el discurso,
la censura y el consejo
de quien sepa mas que yo;
y pues à confesar llego
que hay otro que sepa mas,
ya no soy quien sabe menos.
Hermosísima Diana,
tarde mejorar intento
mis defectos; mas pues eres
casta deidad, à quien dieron
templo y aras los Gentiles,
y hoy en tus aras y templo
gentil mi amor todavia,
tu nombre idolatra bello;
debate aqueste milagro,
la perpetuidad del tiempo
serà la tabla mejor
que pende entre los trofeos
de tus sagradas paredes,
ver à un ignorante cuerdo,
humilde à un desvanecido,
desengañado à un soberbio;

y para decirlo todo,
serà el prodigio mas nuevo,
ver que llego à confesar
hoy, que nada supo un necio. *Vase.*

Salen Carlos y Enrique.

Enr. Sofiegate. *Carl.* Sofiego
pidés à toda la inquietud del fuego?
à toda la mudanza de la luna?
del mar à la inconstancia y la for-
tuna?

à mi amor? que asi es bien que le
publique,
quando le miro, Enrique,
en mi dos veces ciego
ser la fortuna, el mar, la luna, el
fuego.

Enr. Pues qué causa te obliga
à sentimiento igual?

Carl. Quando lo diga,
verás en su disculpa
à la culpa, sin señas de ser culpa,
que à mayores desvelos
disculpa la disculpa de los zelos.
Entré, pues, esta tarde
en un jardin, donde mi amor cobarde
mas à adorar, q̄ à merecer dispuesto,
el sol vió de Diana, mas tan presto
me despidió, que la esperanza mia,
sincopa haciendo de la edad del dia,
vió en un instante, un punto,
la aurora, y el ocafo todo junto.

A aqueste jardin mismo,
de flores y de encantos bello abísimo,
Fadrique entró al instante,
adonde mas feliz, no mas amante,
mereció (pena rara!)

q̄ Diana tan de espacio le escuchára,
que se estuvo con ella
toda la tarde hablando: de mi estrella
mira el rigor, pues él vive admitido
al favor, de que muero despedido.

Enr. Que está el consuelo, advierte,
facil en este caso. *Car.* De qué suerte?
si lo q̄ mi amor pierde, su amor gana.

Enr.

De una causa dos efectos.

Enr. Creyendo que à Fadrique oiria
por entretenimiento, (Diana
aun mas q̄ por favor, y el sentimiento
ser lisonja debiera,
si su ingenio, señor, se considera,
pues que haya sido, espero,
no tu competidor, mas tu tercero.

Carl. Poco esto me asegura,
porque el juicio (ay de mi!) de una
hermosura

nunca procede à lo mejor atento;
y un capricho de amor, no es argu-
mento,

que se funda en razones,
y la pasión de amor toda es pasiones.

Enr. Ella es muy entendida,
y no se querrá ver tan deslucida,
en la elección que hiciere;
y mientras el efecto no se viere,
trata de desfechar esa tristeza.

De Milan la nobleza
toda está en el paseo,
entra à lucir en él, señor, pues creo
que el mirarte aplaudido
de todos, y de todos tan querido,
templen en parte aqueſe rigor fiero.

Ca. Si no ha de estar Diana en el terrero,
de qué me servirá que yo en él sea
el mas galan, y qué ella no lo vea?
mas que sus partes luce, las infama,
quien las ostenta à espaldas de su da-

Enr. Yo de tu sentimiento (ma.
que te diviertas ſolamente intento;
y puesto que no quieres
ſalir hoy al paseo, ya que eres
docto en ciencia qualquiera,
en tu quarto Lisandro.

Carl. Qué? *Enr.* Te espera
con libros, ellos pueden
divertir tu pesar. *Car.* Ya no concedē
tregua maestros, ni libros à mi en-
fado:

mal haya, Enrique, amen, quanto
ha estudiado,

pues no he aprendido en todo
question q̄ enseñe de obligar el m
à una belleza ingrata.

Y así, al instante trata (fue
de entregar quantos libros tráx
y despídeme luego
los maestros que he tenido,
pues que tan poco à todos he debi
que no le han enseñado
en tanto docto afan à mi cuidado
question de amor, q̄ la desdicha n
alivie, siendo amor filosofia.

Enr. En la docta academia
de esta noche, señor, donde se pren
el ingenio, no dudo, (pu
luciendo en ella, adviertas quan
ſer ilustre el ſaber. *Ca.* Yo lo confie
pero yo en ella no he de estar por e
y en ſin, ya para mi no hay co
alguna

mas cansada, mas necia è import
que estas juntas de ingenios;
pues en los varios genios
de ſus doctos desvelos, (l
no ſe habla de mi amor, ni de mis
Y pues Fadrique ha ſido
el lucido, el galan, el entendido
à viſta de Diana,
ſu belleza obligando ſoberana,
mereciendo ſu agrado, (diad
él es el que ha lucido, el que ha eſt
yo el necio, el ignorante:

Y así, desde aquí adelante
lucir en nada espero,
ni quiero libros, ni maestros quier

Salé Pern. Aquí está Carlos, pardi
para mi es azar ſu encuentro,
ſin verle me iré. *Carl.* Pernia,
por qué de mi vas huyendo?

Pern. Porque ſiempre deſgraciado
ſue contigo mi gracejo,
y nunca te agrado. *Carl.* Aguarda
que hablar contigo deſeo
muy de eſpacio. *Pern.* Considera,
ſe

De Don Pedro Calderon de la Barca.

ñor, que no soy de aquellos
o, que te agradan à ti,
orque soy un majadero.
No me hablarás tu en Diana?
Si. *Carl.* Pues solo à ti quiero
or maestro; si eso sabes,
as sabes que todos ellos.
Desde quando acá, señor,
anto favor te merezco?
Desde que tan venturoso,
an feliz te considero,
ue mereces de Diana
er el sol divino y bello
todas horas: quien fuera
u! *Pern.* No habia mas que serlo?
De una fiesta à su lugar
volvía un Tamborilero,
y un Frayle tambien volvia
de la fiesta à su Convento.
El Tamborilero iba
en un burro caballero,
y el Frayle à pie. Preguntóle
el Padre: de donde bueno?
De tañer (dixo) esta flauta
y este tamboril: Por eso,
(le preguntó) qué le han dado?
El respondió: Poco, cierto,
cinquenta reales, comido
y bebido, que no es menos,
llevado y traído, sin otros
regalillos, que aqui tengo,
Eso es poco? (dixo el Padre)
pues yo de predicar vengo,
y ni aun de comer me han dado,
y como ve, à pie me vuelvo.
El Tamborilero entonces
dixo enojado y soberbio:
Pues Tamborilero, y Padre
Predicador, es lo mesmo?
aprendiera buen oficio,
y no se quejára de eso.
La aplicacion está facil;
si querias, señor, veros
con Diana à todas horas,

hubierais para ese pleito
aprendido buen oficio,
pues veis en el que yo tengo,
que no somos todos unos,
Frayles y Tamborileros.
Carl. Estabas tu en el jardin
quando entró Fadrique? *Pern.* A eso
va el agafajo? y à fe,
que sucedió un lindo cuento.
Carl. Qué fue? *Per.* Que Fadrique dixo,
que habia venido encubierto,
por solo ver à Diana,
à las fiestas que se hicieron,
que danzó con ella, y que
la dixo un mote, que luego
empresa fue de la justa:
y al fin, paró todo esto
en que Diana. *Carl.* Detente,
no digas mas, que no quiero
oir que paró en que Diana
le dió en agradecimiento
lugar de hablarla. O traidor
hermano! ò mal caballero!
nunca te hubiera contado
yo de la justa el suceso,
para hacer de agenas glorias
propios los merecimientos.
Pern. Oye, y sabrás. *Carl.* Qué he de oir,
ni saber? *Pern.* Que todo el cuento.
Carl. Ya lo sé. *Per.* Quien te le ha dicho?
Carl. Yo me le he dicho à mi mesmo:
Por temer que se ofendieran,
siendo el de Ursino su deudo,
quando supiesen, el Duque
y Diana, que yo fui (cielos)
el que le echó del caballo,
y puso su Corte à riesgo,
mi silencio ocasioné,
y me mató mi silencio,
para que le aprovechase
la vanidad de mis hechos.
Pero yo le buscaré,
y en qualquier lugar ò puesto
que le halle, he de vengar

De una causa dos efectos.

de la traicion el intento.

Enr. Aventuras la opinion,
que de entendido y de cuerdo
tienes. *Car.* Pues ¿importa, Enrique,
si está todo el mundo lleno
de que en zelos no hay cordura,
ni en amor entendimiento? *Vanse.*

Pera. Bachillera lengua mia,
buena hacienda habemos hecho;
mas qué va que si colige.

Salen Diana y Damas.

Dian. Pernia, qué ha sido esto?
que pasando ahora al quarto
de mi padre, he estado oyendo
mil desentonadas voces,
que en esta parte se dieron.

Pern. Un cuento, que yo llevé,
la causa ha sido, y pretendo,
que otro cuento, que yo traiga,
sea, señora, el remedio,
pues yo no sirvo de mas,
que de traer y llevar cuentos.

Empecé à decir à Carlos
de Fadrique el fingimientos
y asi como llegó à oír,
que habia dicho que encubierto
à Milan habia venido
à las fiestas de secreto,
una legion de Fadriques
se le revistió en el cuerpo.

Y en fin, diciendo que habia
sido él, y que de respeto
habia callado, por ver
que era el de Ursino tu deudo,
en busca fue de su hermano;
y si da con él, sospecho,
que dé con él en el limbo,
que no es capaz del infierno. *Vase.*

Dian. Estela, ya mi fortuna
han mejorado los cielos,
pues el merito y la estrella
han juntado en un sugeto.
Carlos fue el que à Milan vino,
y Carlos el que discreto,

dos veces mereció ya
la inclinacion y el afecto.

Albricias pudiera dar
hoy el alma de saberlo;
y asi, sin mas competencia,
declararme por él pienso.

*Fadrique y Carlos riñen dentro, y sale
Carl.* No es mi hermano, mi enemigo
quien desluce mis aciertos.

Fad. Para defenderme solo
la espada sacó. *Dian.* Qué es el
advertid, que estoy aqui.

Fad. Ya, señora, me detengo,
que de mis acciones es
remora vuestro respeto;
en fe de lo qual la espada
rendida, à la vayna vuelvo.

Carl. Yo no, porque antes à mi
me he de atrever, quando os
presente, porque veais
que à vuestros ojos me vengo
de la traicion de un hermano.

Dian. Si os escuchára sin veros,
pensára que vuestras voces
habian trocado los cuerpos;
quando à vos tan advertido
os veo, y à vos os veo
tan inadvertido. *Fad.* Yo
à mi esta atencion me debo,
que como de saber poco
estoy indiciado, temo
que todos me den la culpa
de qualquiera defacierto;
y asi corregir procuro
mis acciones. *Carl.* Yo pretendo
despeñarlas, hasta que
Diana oiga que te has hecho
dueño tu de mis aplausos,
siendo yo solo su sueño.

Fad. Eso yo lo diré à voces,
que otras disculpas no tengo
de mi yerro, sino es
confesar que ha sido yerro.
Yo me quise atribuir

De Don Pedro Calderon de la Barca.

oy, señora, los trofeos
de Carlos, que como amor
de guerra, y en guerra fueron
permitidos los ardidés,
creí era bien usar dellos.
De necio me motejasteis,
yuyo desayre me ha puesto
la obligacion de hacer,
vuestro servicio atento,
estudio de mis acciones,
con la que habeis visto empiezo
parecer, si entendido
no, advertido por lo menos;
porque haciendo de mi parte
quanto puedan mis deseos,
si el serlo no me debais,
me debais el querer serlo.
Carl. Aunque el desengaño pudo
templar à mi enojo el medio,
tiene dos partes la culpa;
y aunque de la una le absuelvo,
que es el haber declarado
la verdad, la otra no puedo,
que es haber querido hacerme
el engaño; y así intento
à vuestros ojos, señora,
castigarle. *Dian.* Qué es aquesto,
en mi presencia os mostrais
hoy, Carlos, tan desatento?
quando le debo à Fadrique,
que emendado en sus afectos
proceda, vos procedeis
tan despechado en los vuestros?
Carl. Sí, y en mas obligacion
os pongo yo, quando llego
à empeorarme en mis acciones,
que quando él llega (esto es cierto)
à mejorarse en las suyas;
pues trocados los extremos,
en el tribunal de amor
yo mejor sentencia espero,
quando él prudente, y yo loco,
à un mismo tiempo aleguemos,
él, que por amor fue sabio,

y yo que dexé de serlo.

Dian. Para questiones de amor
no es este lugar, ni tiempos;
à vuestros quartos los dos
os retirad. *Fad.* Ya obedezco,
que como ando por no errar,
ciegamente tus preceptos
he de observar, porque sé
que nadie erró obedeciendo. *Vase.*

Dian. No os vais vos?

Carl. Yo bien me fuera,
si pudiera; mas no puedo.

Dian. Por qué? *Carl.* Porque temo, que
despedirme vos tan presto,
es, por hablar mas despacio
con Fadrique, que es lo mismo
que sucedió en el jardin;
y así, ausentarme no intento,
porque no quiero que haga
mi amor espalda à mis zelos.

Dian. Esa platica es muy nueva
en mis oidos: qué es esto
de zelos y amor? sabeis,
que soy la que os está oyendo?
Ese estilo, ese lenguaje,
esa frase, esa voz. Pero
no quiero enojarme, idos,
disculpado estais, si advierto,
que es la mayor necedad,
la necedad del discreto:
Idos, pues. *Carl.* Sin mi dos veces
me iré, quando considero,
que voy por mi error sin mi;
y sin mi, porque me ausento. *Vase.*

Dian. Estela, hay mayor desdicha
que la mia? quando tengo
la aficion en una parte,
están allí los defectos:
quando el desengaño puede
mudarlos, tras ellos veo,
que los afectos se van.
En qué ha de parar aquesto,
amor? Qué te va en sacar
de una causa dos efectos?

JORNADA TERCERA.

Salen por una puerta el Duque de Mantua Federico con acompañamiento, y Fabio; y por otra Filiberto Duque de Milan con acompañamiento.

Fil. Vuestra Alteza haya sido, señor, à este su Estado bien venido.

Fed. Y vuestra Alteza hallado en él, con la salud que ha deseado quien cetro suyo este Palacio adora: y como está Diana mi señora?

Fil. Para serviros, tiene (ne salud. *Fed.* Dios se la dé como convie- à nuestra paz, contando, sin engaños, su edad el tiempo à siglos, y no à años con el aumento que mi amor desea.

Fil. Qué tan felice mi fortuna sea, que llegue à mereceros esta dicha, señor, de poder veros en Milan este dia!

Fed. La dicha, y la fortuna solo es mia; si bien, por penson tengo della el grande cuidado con q̄vengo, porque habiendo sabido, q̄ Carlos, y Fadrique no han tenido en aquella asistencia la atencion que debió igual compe- y habiendome avisado (tencia; por cartas un criado, que ha llegado à tanto su locura, q̄ con necia, con vil descompostura, tantas sagradas leyes olvidadas, sacaron las espadas, sin tener advertencia de la hermosa Diana à la presencia; me puse en el camino, porque así componerlos determino, castigando à los dos, con que no sea alguno tan dichoso, que se vea en tan grande ventura, como dueño feliz de su hermosura; poniendo à vuestras plantas, si este es el fin de cōpetencias tantas.

mi persona, y mi estado, sin lo que entre los dos está trata

Fil. Aunque ha sido tan justo vuestro enojo, señor, vuestro disgura zelosa culpa anticipada tiene la disculpa, y no han de hallarse en todas oca- prontas, à lo mejor, las atencion y mas juvenes pechos, de sus meritos mismos satisfecho

Fed. Aunque la inadvertencia de los dos fuese, me dareis licencia à que crea que ha sido solo uno quien la culpa haya te- en tanto atrevimiento, que ya se dexa ver quan poco atea la ocasion habrá dado.

Fil. Yo no he de ser fiscal, sino abogado y así, à ninguno espero culpar, que disculpar à todos qui- De Fadrique aquel quarto es, y Carlos

este, vos à los dos entrad à hablar eu tanto que yo pido albricias à Diana, de que ha sido tan dichosa que huesped igual ti- y à besaros, señor, la mano viene.

Fed. Bien rezelé siempre, Fabio, que Fadrique habia de dar à estos extremos lugares; que Carlos, en fin es sabio, cuerdo y prudente. *Fab.* Es así

Fed. Puesto que ya aqui llegué, primero à Carlos veré.

Fab. No es aquel Enrique? *Fed.* Enrique? *Sale Enr.* Dame, se- tu mano. *Fed.* Alzate del suelo qué hace Carlos? *Enr.* Con re- lo diré. *Fed.* Habla sin temor.

Enr. Con Pernia todo el dia le dexo en conversacion.

Fed. Quien es Pernia? *Enr.* Un b-

Fed. Ya me acuerdo de Pernia, pero advierte, que por quien

De Don Pedro Calderon de la Barca.

pregunto, es Carlos, Enrique,
o pregunto por Fadrique.
Por él respondo tambien,
porque él es con quien alcanza
el hombre que he referido
al agrado, que aqui ha sido,
señor, toda su privanza.
Lisandro, su maestro, no
asiste à Carlos? *Enr.* No sé
como he de decirte. *Fed.* Qué
r. Que à Lisandro despidió
despues de tanto servicio,
que à su tierra se ha tornado,
bien quejoso y mal premiado.
Pues, y aquel noble exercicio
de los libros? *Enr.* Ya no tiene
gusto en ellos, sino fuera
por mí, todos los hubiera
quemado; pero aqui viene
con él, de él sabrás mejor,
que nada te he encarecido.
Salen Carlos y Pernia.
Carl. Pernia, tu solo has sido
el Mercurio de mi amor;
y así, contigo no mas
hablo ya de buena gana,
que en fin, me hablas de Diana.
Enr. Es así, pero jamas
de quantas veces tu pena
consuelo, tu de la mia
te acuerdas. *Carl.* Toma, Pernia.
Enr. Por fuerza ha de ser cadena,
que es consonante forzado.
Enr. En mi vida no creyera,
que un solo instante estuviera
Carlos tan mal ocupado;
de esta novedad sabré
la causa: Carlos? *Carl.* Señor,
tu en Milan? *Fed.* No ha sido error
al verme, admirarte, que
con saber yo que tu aqui
estás, tambien me he admirado
ya de haberte à ti mirado.
Carl. Pues qué te admiras de mi?

Fed. El qué estás tan divertido,
Carlos, con ese jugar.
Pern. Mas qué me viene ahora à dar
el centenar prometido?
Fed. Y en tanta conversacion.
Carl. Algo me ha de divertir.
Fed. Tu, que solias decir,
que hombres inutiles son,
y que un loco solamente
puede à hombres de ese humor
hablar, lo escuches? *Carl.* Señor,
consejo muda el prudente.
Fuera de que si culpé
à quien con ellos trató,
fue, quando en ellos no halló
segunda intencion, en que
disculpar el mal gastado
tiempo. *Fed.* Y tu tienesle? *Carl.* Sí;
pues de él solamente of
la ciencia que me ha agradado.
Fed. En qué ciencia (error notable!)
ese loco hablará bien?
Carl. En todas habla bien quien
habla en lo que quieren que hable.
Fed. Y Lisandro? *Carl.* Yo mandé,
que me dexase, y se fuese,
que estaba caduco. *Fed.* Y ese
fue digno premio? *Carl.* Sí fue,
pues en quanto me enseñó,
facultad no le debí,
que me aprovechase aqui,
y desengañado yo
de haber echado de ver,
quan poco puede ayudar
el saber para el amar,
he aborrecido el saber.
Fed. Muchas replicas tuviera
esa maxima, si yo
quisiera arguir, mas no
he de hacer mas que una, espera:
Amor no es voluntad? di.
Carl. Voluntad es el amor.
Fed. Y no es potencia inferior
del entendimiento? *Carl.* Sí.

De una causa dos efectos.

Fed. Luego es en este argumento cierta, que para tener voluntad, ha menester tener uno entendimiento; con que no me negarás, si à la voluntad prefiere, y manda, que el que supiere mas, Carlos, amarà mas.

Carl. El que à amar haya llegado con la ciencia que le das, concedo que amarà mas, mas no será mas amado. Yo, que con entendimiento à ver à Diana llegué, quanto pude amar amé: con que de mi sentimiento estan mis discursos llenos, como al efecto verás, pues siendo quien quiere mas, soy quien lo merece menos.

Y así, no quiero saber lo que me ha de preferir en el modo de sentir, y no en el de merecer. Esté conmigo Pernia, que à todas horas me habló en Diana, y de quien yo sé lo que hace cada dia. Y no digo yo, que fuera un hombre con quien ufana mi melancolia estuviera, que à un perrillo de Diana el mismo agasajo hiciera.

Fed. Arguirte mas no intento, por el pesar que me da ver, que aborrecido ya de ti está tu entendimiento. Hablemos en lo que ha sido lo que à los dos ha obligado à haber la espada sacado, que es à lo que yo he venido.

Carl. Eso preguntas? *Fed.* Pues no?

Carl. Pues ahí qué hay que discurrir? quien nos envió à competir,

à reñir nos envió; luego si habemos reñido, compitiendo, no tenemos culpa, pues antes habemos nuestra obligacion cumplido.

Fed. En sagrados galanteos la competencia es cortés.

Carl. Eso poner puerta es al campo de los deseos. Vive Dios si en tanto abismo, yo à dividirme llegará en otro yo, y este amará à mi dama, que à mi mismo yo mismo no me sufriera competencias de igualdad, y que en mi misma mitad mis zelos satisficiera.

Fed. Segun eso, tu habrás dado la ocasion en esta accion!

Carl. Yo no he dado la ocasion, mas tampoco la he rehusado.

Fed. Pues cuéntame como fue.

Carl. Ya te acuerdas de que aqu à una justa vine. *Fed.* Sí.

Carl. Y que à Fadrique conté en tu presencia el suceso de ella. *Fed.* De todo fui yo testigo. *Carl.* Pues él contó, que él habia sido, y por eso colerico le busqué, y matarle pretendí.

Fed. Estando Diana allí?

Carl. Esa mi ventura fue; que si reñir bien mi fama solicitaba, señor, quando se riñe mejor, que à los ojos de la dama?

Fed. De su respeto el precepto no fuera justo que guardes?

Carl. Mas de un millon de cobardes en el mundo el respeto.

Fed. Y el estar tan deslucido es tambien parte de amor?

Carl. Sí, que el descuido, señor

De Don Pedro Calderon de la Barca.

gala del desvalido.
nde galan el dichofo,
e al ufo de fu cuidado,
tanto mas defaliñado,
as galan está un zelofio.
o de Fadrique lo eftoy,
viendo que ha merecido,
or necio y por deflucido,
mas lugar en Diana, voy
aciendo por parecerle:
asi, feñor, hago aprecio
de fer deflucido y necio.
l. Con miedo llegaré à verte,
que fi tu tan necio estás,
habiendo tan entendido
venido aquí, él, que ha venido
necio, habrá de eftarlo mas.
Y aunque mi temor cruel
me llama à un tiempo y me admira,
à tu quarto te retira,
que le quiero ver à él:
Véte, pues. *Carl.* De buena gana:
Pernia? *Pern.* Seguirte quiero.
ar. Vén, que ha mas de un figlo entero
que no hablamos de Diana. *Vanse.*
ed. Si asi está Carlos, qué hará
Fadrique? Fabio, no sé
qué genero de amor fue
este. *Fab.* Allí Marcelo está.

Sale Marcelo.

ed. Marcelo? *Marc.* Señor, tus plantas
mil veces me da à besar.
ed. Qué hace Fadrique? *Mar.* Estudiar.
ed. Mas me admiras, mas me espantas
con eso, que con haber
visto à Carlos. *Mar.* Pues, feñor,
por qué? *Fed.* Porque lo mejor
no es tan facil de creer,
como lo peor. *Marc.* De mí,
diciendolo yo, sí es.
ed. Pues qué ha sido esto? *Mar.* Despues
que oyó de Diana aquí
no sé qué baldon, no ha habido,
con vigilante cuidado,

ciencia, que no haya estudiado;
maestro, que no haya tenido.

En qué agilidad, feñor,
de lucido caballero,
no se señala el primero?
Fed. Raros efectos de amor
fon estos, Fabio, que aquí
llegamos à ver! No sé,
fi aun viendolo, lo creeré.

Sale Fadrique muy galan.

Fad. Tu voz, gran feñor, oí,
y aunque, como dicha mia,
pude dudarla y temerla,
el deseo de creerla
me persuadió à que sería
verdad, siendo la primera
vez, en que mis ojos ven,
que diga verdad el bien.
Dame tus plantas, esfera
donde, como en centro, está
mi humildad. *Fed.* Alza del suelo,
que aunque tambien de Marcelo
tu ocupacion dudé; ya,
oyendote, la creí.
Qué hacias? *Fad.* Desear saber,
feñor, para merecer
una hermosura que ví;
porque está muy desayrado
con su dama un ignorante.

Fed. Pues es ciencia el fer amante?

Fad. De harto desvelo y cuidado;
porque aunque para sabella
no es menester estudialla,
pues el mas necio se halla,
fin pensarlo, dentro de ella;
para aprovecharla sí,
y no solo es ciencia amor;
pero no hay ciencia, feñor,
que amor no contenga en sí.
La de artes, pues cada dia
todo filogifimo es;
de filosofia, pues
natural filosofia
es; la de leyes tambien,

pues

De una causa dos efectos.

pues para que bien se avenga,
no hay republica que tenga
mas leyes, que el querer bien:
Tambien es de astrologia,
que es ciencia de las estrellas,
y el amor consiste en ellas;
hasta la de teologia,
es, pues si tiene, señor,
de la teologia el efecto
à Dios mismo por objeto,
tambien es Dios el amor.

Fed. Aunque contigo enojado,
por lo que supe, venia,
persuadido à que seria
tuya la culpa, quitado
me has el enojo. *Fad.* Señor,
mia no mas fue la culpa,
que à un error no hay mas disculpa,
que confesar el error.

Y así, enojado conmigo,
y no con Carlos estés;
yo le ocasioné, y si es
justo darme à mi castigo,
à tus pies estoy. *Fed.* Levanta.

Fad. Si no es perdonado, no
me levantaré. *Fed.* Quien vió
en los dos novedad tanta?

Marc. A buscarte con Diana,
señor, aqui el Duque vuelve.

Fed. Pues retirate de aqui,
hasta que su enojo cese.

Fad. Ay bellissima Diana,
qué de cuidados me debes! *Vase.*

Sale Filiberto, Diana, Estela y Damas.

Dian. Vuestra Alteza, gran señor,
venga con bien à esta breve
Corte suya, que incapaz
de tan generoso huésped,
corrída está. *Fed.* Vuestra Alteza,
si tanto favor merece
mi humildad, me dé su mano;
y crea que, si es que debe
correrse de algo su Corte,
será de que en mi no albergue

mayor planeta, porque,
si hacen palacios los reyes,
los soles harán esferas,
y esta lo es, pues tantos tien
Dian. De vuestra salud mi pad
meinformó. *Fed.* La vuestra aun
el cielo, como deseo,
que así será la del fenix.

Fil. La paz pondré yo entre tanto
cumplimientos tan corteses,
suplicandoos que vengais
à vuestro quarto. *Fed.* Obedient
estoy: si aqui vuestra Alteza
no queda, mi amor se ofende
Dian. Yo me quedaré, si en eso
mi humildad os obedece.

Fed. En toda mi vida vi
hermosura mas prudente.

Vanse los hombres.

Est. Ya, señora, no podrás
dilatara mas el haberte
de declarar por el uno
de los dos que te pretenden.

Dian. Ay Estela, ay prima, no
mis desventuras me acuerdes,
pues hoy, como mitad mia,
tan de cerca las adviertes.

Nis. Como quieres ya escusarte?

Clor. No es posible. *Dian.* Como quie
que no me escuse, mirando
que à su principio se vuelve
la duda, pues es la misma
que fue antes? *Est.* De qué suerte

Dian. Primero me persuadí
à que el de mi afecto fuese
Fadrique, y viendole necio,
traté olvidarle y perderle.
Supe despues que fue Carlos,
y quando ufana y alegre
por él quise declararme,
(hallando en él juntamente
el merito de su aliento,
y el influxo de mi suerte)
veo que tan desatento

De Don Pedro Calderon de la Barca.

sus acciones procede,
de delante de mi saca
espada, y despues se atreve
pedirme cara à cara
ellos, y tan imprudente,
en fin, que su ingenio ya
mas, que me obliga, me ofende.
Pues si uno es necio, otro loco,
como quereis que yo llegue
por ninguno à declararme?
antes me daré la muerte.
Fadrique, señora. *Dian*. Di.
Hacia aquesta parte viene.
Fad. Lindo ingenio, para que
en tus dudas te aconseje.
Qué dirá de disparates!
Fad. Si pensára que estuviere
aquí vuestra Alteza, antes
que de mi quarto saliese,
con rezelo de su enojo,
(pues lo es el llegar à verme)
me dexára en él, señora,
morir, haciendole breve
sepulcro de un desdichado,
como su inscripcion dixese:
Aquí un infelice yace,
que muere, porque no muere.
Dian. No estoy yo tan poco atenta,
de urbanidad à las leyes,
que me ofenda de que vos
me habléis hoy, quando sucede
el acaso de encontrarme
aquí, que si algunas veces
me ofendí, fue porque fue
cuidado; y es diferente
un cuidado que se niega,
à un descuido que se ofrece.
Fad. Esa distincion, señora,
de que tan sutil me advierte
vuestro soberano ingenio,
no era justo que la hiciese
yo, que no me toca à mí
mas de saber quanto ofende
un desvalido que adora

à una deidad que aborrece.
Y así, no advertí que aquesta
ocasion, señora, fuese
acontecida ò buscada,
que el que sus errores teme,
nunca à la disculpa acude,
por ir à la culpa siempre.
Pero ya que disculpado,
(vos lo dixisteis) merece
mi deseo esta ocasion,
bien será que la aproveche.
Dame licencia de que
à vuestros pies obediente
una merced os suplique.
Dian. Ya la teneis, si fois breve.
Fad. Eso, señora, es negarla.
Dian. Por qué? *Fad*. Porque quien ofrece
debaxo de un imposible,
antes niega, que concede.
Dian. Qué imposible os he pedido?
Fad. Qué mayor hallarse puede,
que ser breve un ignorante?
Dian. Pues decid lo que quisiereis,
que ignorancia confesada,
mucho de cordura tiene.
Fad. Yo, señora, os supliqué
alguna vez, que me hiciéreis
merced de que os declaráreis,
sin atender neciamente
à quan remoto el consuelo
está para el que os perdiere:
imaginaba yo entonces,
que podría ser que fuese
yo el dichoso: mal he dicho;
porque no tan solamente
lo imaginaba, mas ya
lo creia. Qué imprudente,
aconsejado consigo,
à sí mismo no se cree?
Desengañóme un desayre,
y de un instante à otro, halléme
de mas allá de mis males
aun mas acá de mis bienes.
Traté curarme à experiencias
que

De una causa dos efectos.

que hice en mi mismo, de suerte,
que aunque mal convallecido
estoy de aquel accidente
de mi ignorancia, temiendo
quanto quien os pierde, pierde;
suplico, que dilateis
la sentencia de mi muerte,
hasta que acabe la cura:
que, en fin, la herida mas fuerte,
si blanca mano la halaga,
sana mas, y menos duele.

Dian. Dos admiraciones son
las que vuestra voz me advierte,
una lo que emprende, y otra
el modo con que lo emprende.
La pretension y el estilo
me han suspendido dos veces;
y asi, no sé responderos,
hasta saber como pueden
el valor, ingenio y gala
mejorarse. *Fad.* De esta suerte:
De gala, ingenio y valor
amor es dueño, pues fuera
cierto, que ingenio no hubiera,
gala y valor sin amor;
el hombre que con mayor
perfeccion lucir desea,
y en solo salir se emplea
mas galan que el mismo Apolo,
amor lo hace, pues es solo
porque su dama le vea:
El que mas ansia ha tenido
de mirarse señalado
por su ingenio, y celebrado
de cortesano entendido,
la principal causa ha sido
amor, para que pretenda
en una y otra contienda
de ingenio, por varios modos,
verse aplaudido entre todos,
porque su dama lo entienda:
El que mas vanaglorioso,
coronado de victorias,
en las humanas historias

hizo su nombre famoso,
amor es el poderoso
afecto, que à ellas le llama,
no es solo opinion y fama
las que le ilustran valiente,
pues lo hace solamente,
porque lo escuche su dama.
Yo asi, como nunca he ama
hasta ahora, ni he tenido
dama, ni galan he sido,
ni entendido, ni alentado;
pero ya que enamorado
sigo la imposible estrella
de la hermosura mas bella,
los medios he de buscar,
que con nadie quiero estar
mas ayrosa, que con ella.

Dian. Has visto, Estela, en tu
estilo tan diferente?

Est. Yo lo he escuchado, dudando
ser él. *Salen Pernia y Carlos.*

Carl. Dexame. *Pern.* Advierte.

Carl. Ya no hay qué, pierdase to
pues que Diana se pierde.

Pern. Ya se vistió de amarillo
este Principe excelente.

Dian. Conmigo venid. *Carl.* Aguar
y pues otro lugar tiene
de hablar, tengale yo, que
soy quien mejor lo merece.

Dian. Nadie para hablar conmigo
lugar mereció; y si puede
llegar à tener alguno,
tenerle, no es merecerle:
fuera de esto, quando fuera
verdad que otro le tuviese,
nunca estabais vos mas lejos
de tenerle, si se advierte
que no soy yo en quien podia
por irse aquél, llegar este.

Carl. Si tuviera entendimiento
yo con que advertir pudiese,
que ninguna accion es mia,
la advirtiera; mas no puede

De Don Pedro Calderon de la Barca.

proceder mas atinado
quien sin discurso procede.
Ian. Pues yo me acuerdo de oír
alabaros de prudente.
Carl. Yo tambien, pero era quando
procedia libremente,
desocupado mi ingenio
de la prision que hoy padece.
Ya ninguna accion es mia,
que embargadas me las tiene
una pasion poderosa
à que ni atiende, ni piense,
ni imagine, ni discurra.
Ian. Pues qué pasion hay que fuerce
al entendimiento? *Carl.* Amor.
Ian. Yo vi efecto diferente,
pues se puso en libertad.
Carl. No amaba como yo ese.
Ian. Luego errar es amar? *Carl.* Sí.
Ian. De qué suerte? *Carl.* De esta suerte
De gala, ingenio y valor
por ruina amor se señala;
pues no hay ingenio, ni gala,
ni hay valor, donde hay amor:
El hombre, que con mayor
perfeccion galan se llama,
en el instante que ama,
de sí se dexa olvidar,
que hay muchos de quien cuidar
en solamente una dama:
El que mas desvanecido
del ingenio que alcanzó,
se dió à sus estudios, dió
sus estudios al olvido,
en habiendo amor tenido;
y solo à su dama, atento
hace discursos al viento,
porque tibiamente adora
quien por su dama, señora,
no pierde el entendimiento:
El que mas noble y augusto
en la lid llegó à mirarse,
en llegando à enamorarse,
se cedió el valor al gusto;

siendo el trofeo mas justo,
y la victoria mas cuerda,
que por su dama se pierda
todo, y con dama no hay fama,
pues se olvida de su dama,
quien de su fama se acuerda.
Luego habiendo yo olvidado,
señora, mi lucimiento,
mi valor, mi entendimiento,
yo estoy mas enamorado;
nada, pues, me dé cuidado,
que si todo lo atropella
una hermosa deidad bella,
de nada me he de acordar,
pues con nadie quiero estar
mas ayroso, que con ella.
Dian. No me obligueis à deciros,
que habeis echado imprudente
à perder una ocasion,
que, perdida, tarde vuelve.
Y que ya resuelta: pero
qué digo? mi lengua miente,
nada me creais, y baste
saber (y esto aqui se quede)
que si finezas obligan,
desatenciones ofenden.

Vanse todas las damas.

Carl. Espera, detente, aguarda,
sepa yo, señora: Fuese
sin escucharme. Mal haya
pasion, que llegó à ponerme
del monte de la fortuna
hoy en la cumbre eminente;
pues fue solo para que
al abismo me despeñe
de mis desdichas, que un triste
solo à despeñarse crece.

Sale Pern. A avisarte de que va
Diana al jardin, por si quieres
seguirla, vuelvo. *Carl.* Ay Pernial,
ya no hay para que lo intente.

Pern. Pues toquente las folias,
baylaráslas lindamente.

Carl. Qué ya espiró mi esperanza!

De una causa dos efectos.

Da voces, y sale el Duque Federico.

Fed. De qué das voces? qué tienes?

Carl. Qué sé yo, ni para qué lo pregunta quien no puede remediarlo? *Fed.* Pues qué estilo, qué modo de hablar es ese?

Carl. El que me enseñó el dolor.

Fed. De quando acá de esta suerte hablas tu? *Carl.* Como he de hablar si he perdido (dolor fuerte!) la ocasión de merecer la deidad mas excelente, que en el templo del amor colocó estatuas de nieve, coronadas de jazmines, y ceñidas de claveles?

Fed. Estás loco? *Carl.* Quien lo duda?

Fed. Pues tu, que en ingenio excedes los mas doctos?

Carl. Sí, que amando, no le tiene quien le tiene.

Fed. Mira. *Pern.* Considera. *Car.* Hareis los dos que me dé la muerte; y si no lo hago, es, por dar à mis desdichas crueles este gusto, de quedarme con la vida que lo siente: y tanto el sentirlo estimo, que à pesar de mis desdenes, à despecho de mis ansias, hoy vivo, porque no cesen de una vez todos mis males, que son mis mayores bienes. *Vase.*

Ed. Espera, Carlos, escucha.

Pern. Aguarda, Carlos, detente.

Fed. Siguele, *Pernia.* *Pern.* Primero figurera un pleito. *Vase.*

Fed. No tiene esto mas que un medio, y es, que declare quien merece ser mas dichoso, Diana, de los dos que la pretenden, pues con esto cesará la competencia; y quien fuere

tan desdichado, que pierda fortuna tan excelente, ausencia y tiempo le curen; porque nadie convalece de amor, mejor, ni mas presto, que un enamorado ausente.

Vase, y salen todas las damas.

Est. Triste estás. *Dian.* Como pudiera Estela, estar mas alegre quien hoy sitiada se mira de pasiones tan crueles?

Est. Si hubiera de ser, señora, yo quien la sentencia diese, presto me resolveria dando el premio à quien mas debe amor. *Dian.* Qual de los dos fuera?

Est. Qual? El que se hizo prudente, cuerdo y atento de necio, eligiera solamente.

Flor. Es verdad, mas por usado estilo juzgar se debe ser de amor, y esotro pudo causarse de otro accidente.

Sale Fadrique al paño.

Fad. Cobarde mi pensamiento, (haciendo de aquellas verdes hojas, y texidas ramas zelosas y cancelos) desde esta parte à Diana verá, pues que no se atreve à pasar de aqui, por no aventurar si se ofende. *Sale Carlos.*

Carl. Ya que han de morir mis penas à manos de sus desdenes, muera, sabiendo Diana la enfermedad de que mueren. Aunque no sé qué temor al mirarla me suspende, que pasar de aqui no puedo, hecho una estatua de nieve.

Salen los Duques y gente.

Fil. En esta parte Diana con sus damas se divierte.

Fed. Pues discurremos primero,

que

De Don Pedro Calderon de la Barca.

que à hablarla en esto se llegue,
el mejor modo de hacer
que se declare à quien quiere.

Sale Clori.

Flor. Ya el instrumento está aqui,
à la letra, y tono atiende.

Cant. Quien me dirá qual ha sido
amor de mayor aprecio,
el que hace entendido al necio,
ò el que hace al necio entendido?

Dian. Aquesta es mi confusion.

Fad. Buena ocasion se me ofrece
de llegar à hablar. *Carl.* Parece
que amor me dió la ocasion
para hablar en mi passion.

Fad. Pues el favor ò el desprecio
de uno buscamos, en precio
nuestro la letra ha venido.

Canta Flor. Quien me dirá qual ha sido
amor de mayor aprecio?

Fad. De aquesta letra la duda
licencia de responder
à ella ha dado.

Carl. Yo he de ser
quien à responder acuda.

Fad. A esa question os ayuda
nuestra venida, que ha sido
la que apurar ha querido
de vos qual merece el precio.

Canta Flora.

Flor. El que hace entendido al necio,
ò el que hace al necio entendido?

Fad. Mio ha de ser en rigor
el mas digno premio, pues
siempre mejor causa es
la que hace efecto mejor:
luego si la de mi amor
hizo en mi mejor efecto,
quanto hay de un necio à un discreto,
mas noble amor es, señora,
el que un sugeto mejora,
que el que destruye un sugeto.

Carl. Concedo quan mejor es
cuerdo hacerse un ignorante,

mas no es esto en un amante
merito, sino interes:

si tu has mejorado, pues,
yo empeorado; y siendo asi,
tu ganaste, y yo perdí:
si fue causa Diana bella,
tu à ella lo agradece, y ella
agradezcamelo à mi.

Fad. Mas tiene que agradecer
quien da en qualquiera ocasion
la causa à una ilustre accion
de ganar, que de perder:
luego yo he venido à ser,
valiendome tu concepto,
à quien tiene en este efecto,
que agradecer tu fortuna,
pues la obligamos, yo à una
perfeccion, y tu à un defecto.

Carl. El alma, como es esencia,
siempre à saber aspiró,
amor, como es passion, no:
luego adquirir una ciencia
no es amor; sí, en su violencia
perderla: luego en rigor
los defectos del amor
son perfecciones; y es tanto
mayor la perfeccion, quanto
es el defecto mayor.

Fad. Que el alma aspiró à saber,
como esencia pura, yo
lo concedo; pero no
que el defecto pudo ser
perfeccion en el querer;
porque aunque amor en tal calma
solo es passion, à la palma
irá de la esencia, pues
quien passion del alma es,
costumbres tendrá del alma.

Carl. Luego estando el alma ya
solo en querer ocupada,
su passion acostumbra
solo à querer estará;
luego tiempo no tendrá
de estudiar, ni de saber,

pues

De una causa dos efectos.

pues la ciencia del querer
el tiempo la está quitando;
luego es mas fineza amando
ignorar, que no aprender?

Fil. Aquesta question de amor
ya no te dexa, Diana,
mas que discurrir, y es fuerza
que declares quien alcanza
mayor merito. *Fed.* Yo humilde
te lo suplico à tus plantas,
porque cesen de una vez
los efectos con la causa.

Clor. Qué dudas?

Nis. De qué rezelas?

Est. Qué es lo que esperas?

Pern. Qué aguardas?

Dian. Igualmente de los dos
convencida y obligada
estoy, viendo dos efectos
tan opuestos de una causa.
Igual el extremo ha sido,
aunque con accion contraria;
y asi, es fuerza que à ninguno
prefiera. *Pern.* Quanto me holgára
de que à ninguno escogiera,
y la Comedia acabára,
quedando esta vez solteros
los galanes y las damas.

Dian. Y asi, dexando à las dos
pasiones de amor extrañas
en su estimacion, quedando
en igual credito ambas;
y acudiendo à haber tenido,

antes que mi amor llegára
à aquesta experiencia, à Carlos
inclinacion reservada
desde el dia que le vi
en el festia con mil galas,
y con mil victorias luego
en la tela: él se señala
por dueño suyo. Mi voz
poco, Fadrique, os agravia,
pues no os prefiere porque
su amor excedido os haya,
fino su estrella, primero
que à veros à vos llegára.

Fad. Yo estoy tan desvanecido,
hermosísima Diana,
de que cuerdo he parecido,
que no quiero esta alabanza
malograr con los extremos
de mi necesidad pasada;
pues es la mayor cordura,
que el arte de amor alcanza,
saber sufrir una pena,
y sentir una desgracia.

Carl. A mi me da, Diana bella,
à besar tu mano blanca,
que si amor me hizo indiscreto
con penas, desvelos y ansias,
cuerdo me hará con favores.

Pern. Con que en la Comedia acaban
de una causa dos efectos,
y nacerán de otra causa
otros dos gustos, si es buena,
y perdones, siendo mala.

F I N.

**Con Licencia. BARCELONA: POR FRANCISCO SURIA Y BURGADA, IMPRESOR,
calle de la Paja.**

A costas de la Compañia.